

PALABRAS PRONUNCIADAS POR D. ÁNGEL AROCA LARA EN LA PRIMERA SESIÓN PÚBLICA QUE PRESIDÓ TRAS SER ELEGIDO DIRECTOR DE LA ACADEMIA.

Sólo quienes han nacido y vivido siempre en esta ciudad vieja, preñada de Arte e Historia, pueden permitirse el lujo de mirarla sin desasosiego, con la naturalidad del que contempla lo propio y relajados en la usual transparencia de la cotidianeidad. Los que, por el contrario, crecimos oyendo hablar de Córdoba en la distancia nos forjamos de ella una idea mítica, que siempre nos ha forzado a un acercamiento reverente.

Con la misma unción que el Angélico deslizaba sus pinceles en los muros de las celdas de San Marcos de Florencia, me llegué a Córdoba diez o doce veces –no recuerdo a ciencia cierta– antes de que la nave sin control de mi destino encallara junto al Molino de Martos hace un par de décadas.

Por entonces, mi conocimiento de Córdoba era tan incompleto como el de los turistas que recorren gregariamente los alrededores de la catedral. Esta ciudad, recatada por vocación, apenas si me había desvelado su rostro moruno en aquellos escasos y fugaces galanteos previos a mi asentamiento definitivo en su solar.

Hace veinte años, mis ojos estaban llenos de las arcadas de la Mezquita y las muchachas de bronce de Julio Romero. Algún patio, atisbado desde la cancela, me había encandilado con su reverbero, casi inimaginable para un manchego, y había intuido la magnificencia de Jorsabad y Til Barsib en las ruinas abrasadas de Medina Azahara, despojos elocuentes del palacio más soberbio de Occidente pues, como ha dicho Antonio Gala, todos los que se construyeron después –incluido el de Versalles– no han sido sino habitaciones realquiladas con derecho a cocina. Estaba entonces deslumbrado por Córdoba, no cabe duda, pero muy lejos aún de conocerla.

Una vez instalado aquí, mi acercamiento a la ciudad fue lento, tan lento como era necesario para desear permanecer en ella de por vida. Recuerdo la parsimonia con que paseaba los barrios de Santa Marina, San Lorenzo o la Magdalena hasta perderme deliberadamente en la intrincada trama de sus calles. Algunas veces preguntaba al primer cordobés que me salía al paso, más por hablar con él que por

orientarme, otras, complacido en mi extravío, entraba en una taberna para empararme de su bullicio o buscaba el silencio de una plaza recoleta para vaciar mis oídos, como quien lava el paladar con un sorbete para saborear mejor el plato siguiente.

Y hablando de platos, recuerdo como me sorprendían los olores a guisos —nuevos para mí—, que trascendían desde el puchero hasta la calle poniendo un toque prosaico en el esencial sensualismo de la ciudad. En esta tierra pródiga descubrí un sinfín de sensaciones que me había regateado la austeridad de La Mancha. Llegué con los sentidos embotados y aquí terminé de aprender a oler, a paladear, a ver, a oír y a tocar. Cuando en el pasado agosto, Pablo García Baena dijo de Málaga, la de las biznagas y la sal, que era un jardín de los sentidos, tuve la impresión de que pensaba en su Córdoba. No cabe duda de que también aquí el olor es el dolor del azahar y la efímera queja del jazmín y el lamento agobiante de la dama de noche. El tacto es, asimismo, el de unos labios en comunión con otros labios, el de unas manos entrelazadas en el Campo Santo de los Mártires. Aquí, en la vieja corte de los califas, el azul puro de la glicinia compite con el amaratado de la jacaranda malagueña y la vista precisa reposar de vez en cuando en la umbría boscosa de la Mezquita, porque no resiste el reverbero de las cales mudéjares de La Judería. Aquí el oído se debate entre el silencio reverente de la plaza de Capuchinos y el tropel de los patios en mayo. El gusto en Córdoba es el de sus vinos generosos que, tras el brindis en alto —casi sacramental— de la taberna aguzan el ingenio del cordobés y desatan su lengua.

A Córdoba le debo el sentir, el tener conciencia de estar vivo y mi pasión por el Barroco, cuyas formas se me antojan surgidas a borbotones de la entraña generosa de esta tierra para componer el delirio rutilante de los retablos que amueblan sus templos. Pero a la grandeza pasada de Córdoba, a su antiguo esplendor soterrado, que aflora de vez en cuando entre polémicas de intereses contrapuestos y débiles destellos de respeto profundo por la historia y el arte de la ciudad, le debo el que me haya ayudado a tomar conciencia de la falta de perdurabilidad de las obras de los hombres y, por supuesto, de mi propia intrascendencia. Esta es quizá mi única verdad, de nada estoy tan seguro y nada ha marcado mi vida con tanta fuerza. Aquí estriba mi hedonismo, mi deseo de pasar por este mundo de puntillas, mi respeto hacia los demás, mi tolerancia conmigo mismo. En definitiva, a Córdoba y también al talante de los cordobeses, que son un pueblo viejo y, en consecuencia, sabio, les debo el que me hayan mostrado mi dimensión real para que, consciente de ella, camine por la vida con la certeza de que voy hacia la muerte y obre en consecuencia.

Hoy, después de veinte años de sentir su pulso día a día, creo haber avanzado algo en el conocimiento de Córdoba y los cordobeses. No obstante, aún no puedo mirar sin asombrarme el *mirhab* de la Mezquita, ni escuchar insensible el silencio de la plaza de Capuchinos, ni acostumbrarme a la eclosión abrileña del azahar. Quizá porque no nací aquí, como dije al principio, hay muchos aspectos de esta ciudad que siguen antojándoseme inaccesibles.

En este plano mítico vi siempre a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de la patria de Séneca, de Averroes, de Juan de Mesa, de Luis de Góngora. No obstante en los albores de 1984 fui nombrado correspondiente, en

marzo de 1988 leí mi discurso de ingreso como miembro de número de esta Corporación y el día 4 del corriente resulté elegido director de la misma.

Considero que mi elección no es sino fruto de la generosidad de esta tierra y de sus gentes. Cualquiera de los integrantes del cuerpo académico tiene más méritos que yo para ocupar este cargo y, por supuesto, todos y cada uno de los demás componentes de la candidatura elegida, Sres. Arjona Castro, Criado Costa, Fernández Dueñas y Gracia Boix, podrían haberlo desempeñado con acierto, pero con la proverbial discreción del cordobés, han querido brindar su colaboración en un segundo plano.

Parece como si la intención del Cuerpo Académico al elegirme director no hubiera sido otra que la de identificar a Córdoba con la bella y elocuente alegoría de la Caridad, en la que la matrona que la encarna preserva el seno nutricional de los suyos para brindárselo al extraño. Por mi parte, ante esta prueba suprema de generosidad, no cabe sino poner todo mi celo en servir a la Academia y a Córdoba durante los próximos cuatro años. Que Dios me ayude a trazar, con el mismo acierto que lo han hecho mis predecesores, el rumbo de esta Institución, que desde 1810 viene proyectando su luz sobre la ciudad que, hace un milenio, fue faro cultural del Occidente.